

Francisco Cabanillas

Sobre la antología *Caribbean Erotic: Poetry, Prose & Essays*

Bowling Green State University, EE.UU.

fcabani@bgsu.edu

The very word *erotic* comes from the Greek word *eros*, the personification of love in all its aspects – born of Chaos, and personifying creative power and harmony. When I speak of the erotic, then, I speak of it as an assertion of the life force of women; of that creative energy empowered, the knowledge and use of which we are now reclaiming in our language, our history, our dancing, our loving, our work, our lives.

Audre Lorde

Lo corpóreo ofrece el asidero con que puede atraparse lo espiritual.

Nietzsche (citado por Michel Onfray en Teoría del cuerpo enamorado. Por una erótica solar)

Ay qué gustito pa' mis orejas, / enterradito entre tus piernas

Raimundo Amador

Introducción: el cuerpo

Como en los cuerpos que se saben deseantes (el erotismo es cultura), el de esta antología, editada por Opal Palmer Adisa y Donna Aza Weir-Soley, goza de varias zonas erógenas: la de la introducción, compuesta de dos ensayos convergentes; la de la poesía, con el mayor número de

erotómanos (42 poetas); la del cuento, marcada por el cambio de posiciones en varias de sus (20) narraciones; y finalmente, la del ensayo/testimonio/crítica, donde lo erótico (abordado desde 6 propuestas) se define mediante la conexión emblemática entre lo carnal y lo espiritual.

Introducción. Zona de un erotismo dual (apolíneo/dionisiaco); dos “introducciones” que, desde su atracción, introducen las reglas del juego amoroso que tenemos en las manos.

En la primera introducción, más apolínea, “Creating a Safe Space”, de Donna Aza Weir-Soley, la antología se mira a sí misma y se define como un texto fundacional, a partir del cual se intenta redireccionar la tradición de la literatura –sobre todo– anglocaribeña. Una tradición en la que, a diferencia de la hispanocaribeña, se ha escrito poco sobre el erotismo (debido al lastre protestante; ¡Némesis de la carnalidad católica!).

En general, pues, se trata de contribuir a llenar ese vacío literario. En específico, se persigue superar esa laguna sobre todo, pero no exclusivamente, con voces femeninas, más silenciadas que las de los pocos escritores anglocaribeños –también se incluyen escritores del Caribe hispánico y francófono– que sí han escrito sobre el erotismo, como Edgar Mittelhozer en 1953, Jan Carew en 1958, Andrew Salkey en 1960 y después Anthony Winkler.

La representación de lo erótico se abre a la diversidad sexual, aunque predomina –y por mucho– la norma heterosexual. Dialéctica de la inclusividad; la voz del erotismo lésbico de la caribeña-americana Audre Lorde –una visión política y espiritual del sexo– fundamenta la antología, separando lo erótico de lo pornográfico.

Para nada “nocturno”, como le llama Michel Onfray al erotismo del Marqués de Sade, el que se delinea en esta introducción –como una afirmación de la vida– deja de lado la literatura que, como la de George Lamming y V.S. Naipaul, se acerca al erotismo como una “patología del poder” esclavista o colonial (16).

Además de un “lugar seguro” para que sobre todo las mujeres angloparlantes escriban sobre el placer del cuerpo sin tabúes, la antología inscribe el erotismo en un “ethos” caribeño. De ahí que, entre otras dimensiones, la música y las referencias a la diversidad religiosa se eroticen.

En la segunda introducción, más dionisiaca, “Just a Little Touch: Another Kind of Introduction”, de Opal Palmer Adisa, se invita al lector al erotismo cotidiano del Caribe. Uno que se expresa en los espacios públicos y privados, a nivel individual y colectivo, en la conversación casual, en el baile, en la playa, en el piropeo callejero, en el carnaval, en la manera de caminar. Pues, de lo que se trata, es de mostrar el “ethos erótico-espiritual integrado” en el tejido de la caribeñidad, arraigada como ésta está a una “cosmología africana” (25).

En el fondo, el erotismo cotidiano caribeño desvela un “deseo subconsciente de trascender y transformar lo físico en una experiencia erótico-espiritual que dure más y que avive los sentidos a varios niveles”. Una pervivencia de lo africano en el “ethos” caribeño que no se debe “subestimar” ni tampoco “tapar” (25).

Como en el espacio caribeño, “un ambiente fecundo en el que la vida y la creación acontecen” a nivel público, la antología invita a los escritores “a desnudarse sin vergüenza frente a la comunidad” (26).

Poesía: la lengua

[...] la novia de la flor de la saliva [...]

Joaquín Sabina

Por necesidad temática, la antología empieza con el muestrario poético. Pues sólo la poesía es portadora de la lengua en los dos sentidos que aquí son centrales: la palabra y lo sexual. Por eso los poemas están salpicados de lenguas que besan, chupan, lamen, muerden, comen, saborean, susurran, hablan y escriben. Poemas lenguados y lingüísticos, como el de Colin Robinson, “Loosening my tongue”, emblemático de esa oralidad poético-sexual que conforma el “ethos” caribeño: “stanza flow between my legs / into a purposeful brown / man / hole / envelops my tongue / young / man you / are a / metaphor on the tip of my tongue / making my poems come / whole again” (113).

También le toca a la poesía abrir el proceso de tropicalización que hace del cuerpo amado una geografía insular: “climb my mountains / rest in my valley / drink on my riverbank” (72). Tropicalización que, a nivel botánico, se llena de nísperos, la fruta que mejor simboliza la vagina negra. A nivel playero, esa tropicalización alcanza su cenit en las orillas donde se chupan conchas de mujer: “peering into a cave, so pink, so small, so new / like a kitten upon its side, yawning / so wide I could see into its delicate throat / on my belly, my head between your thighs ... upon the beach in the sand / with your jeans pulled down, / with your panties off” (83).

Tropicalización que requiere, *sine qua non*, erotizar la música; una energía que, en “El tambor,” libera el alma: “Mi cuerpo ingrávido en la luz / vuestra, libre, en el arco” (49). Una energía que exonera el placer de cualquier lastre de culpabilidad: “to remind my body of pure pleasure, / pleasure created from my own senses / and their response to the elements” (111). Porque, para el erotismo tropicalizado, nada es mejor que una noche de amor *en criollo*: “A deep belly laugh / is better than medicine / but nuttin nuy betta / dan a hard night’s loving” (133).

Poesía sin eufemismos, “I reject fired misnomers like muff, poonannie, / kitten, cat, / or cunt. / I succumb to pussy’s salacious sound” (70); segura de lo que, por ejemplo desde el deseo lésbico, quiere: “Between her thighs lies my island paradise, / my paradox: accursed and blessed” (70). Erotización que, en “Hours of my Heart”, dramatiza la complementariedad heterosexual, “Sometimes you [él] come, a singer of songs / or a weaver of words, a poet / and you give me songs, poems, words / as gifts, offerings” (138), de una manera espiritualmente fecunda, “And I held you and we danced together / and our love brought forth a new and fresh creation” (139), y femeninamente activa, “My love, the portals of my heart are now wide open / Enter” (138).

Poesía en busca de un “estilo epicúreo caribeño”: “Women too revel in riding / Thighs Spreads apart / Seated astride shamelessly / As they say in polite language... / à la Andromaque” (92). Como en el clásico poema de Luis Palés Matos, “Menú” (1942), que hacía del Caribe una fonda para el deleite del pasajero –“Mi restorán te brinda sus servicios. / Arrímate a la mesa, pasajero, / come hasta hartar y séante propicios / los dioses de la Uva y el Puchero”–, en “What I Want” la voz femenina invita al hartazgo: “let your tongue / tease my thighs apart / turn me gentle

/ placing your head / in my calabash / filled with fish stewed / in coconut milk / indulge as much as you like” (44).

Una comilona caribeña en la que, como en “Heat Wave”, ”hips swaying / like mango leaves” (80), el calentón del cuerpo ardoroso en deseo, “making music between my thighs” (80), funde la lengua del alcohol, “head sweet on rum and tonic water” (80), con la del sexo, “i hope you catch this drift / as i like my lips / fingering the possibilities in my head / of you coming ...” (80), y la de la poesía, “write a trilogy from our sweat / taste ink juice on my tongue / fill some sex poem’s vibe” (80).

Una fundición que, en “Her One True Self,” alcanza su máxima metafóricidad, al establecer la vagina como una segunda boca en la que el amante pierde la lengua: “that place, / my second mouth, / where you loose your tongue” (36).

Cuento: posiciones

Women’s wicked desires / To put myself in all the positions you ask

Suzzane Dracius

Efecto de contigüidad: los tres primeros cuentos, “Juices”, el fragmento de la novela *Farming of Bones* (1998) y “Marine Lovers, or Erotico Mar,” demasiado cercanos a la poesía, se dejan influir por el flujo metafórico de los poetas. Sobre todo “Juices”, una narración que, bajo el efecto del “ethos” caribeño, divide el proceso de chuparse un mango en tres movimientos eróticos: el de cogerlo y metérselo en la boca, el de chuparlo embelesadamente y el de dejarlo limpio, pelado, en la semilla. Traslación: igual que se chupa el mango hasta la pepa, se mete el pene hasta el fondo. Influencia poética; la presencia del níspero como metáfora de la vagina negra se transforma en la chupada del mango, una fruta masculina. Pepa de un pene que en el Caribe se chupa hasta la semilla. Cuentos de una masculinidad/feminidad genésica; en “Marine Lovers, or Erotico Mar”, éste se transmuta en el pene que le hace el amor a la muchacha que se le sienta de frente con las

piernas abiertas, para que el agua le entre y le salga. Cuentos de un erotismo ecológico que, en el apartado anterior, los poetas marcaron en la geografía del deseo caribeño. Masculinidad de una sombra que, en *Farming of Bones*, seduce espiritualmente al cuerpo de la mujer que erotiza desde una religiosidad ancestral.

En breve, aparecen los cuentos más estructurales que poéticos, los que, más metaliterarios, seducen mediante el cambio de posiciones; formas narrativas que juegan con el salto de perspectivas, como en “The Gymnast”, “A Night with Kosh” y “Girl in the Dark”.

Multiplicidad de niveles concéntricos; en “The Gymnast”, el más emblemático de los tres, se superponen varios niveles: el del entrenador (padre oculto) que deviene amante, el del amante que la abandona por otra gimnasta joven, el del entrenador-amante que se hace escritor, el del contorsionista en que se convierte el entrenador-amante-escritor que la abandona, el del autoerotismo al que deviene la gimnasta-amante-abandonada gracias al consejo de la abuela, quien reemplaza al entrenador (padre oculto), proponiéndole a la nieta-renacida-liberada una banana jamaíquina para la autocomplacencia.

Narratividad que, en “A Night with Kosh”, alterna entre la imaginación de la esposa erotizada y la realidad del esposo insensible y autista. Una dinámica que, en “Girl in the Dark”, se torna epistemológica cuando el personaje, deseoso de ver el cuerpo desnudo de la amante durante el sexo, opta por la oscuridad –para seguir viéndola/conociéndola con las manos– cuando ella accede finalmente a que se prenda la luz.

Metafísica de la calentura tropical; en “Heat Wave”, la alta temperatura del clima se transforma en el cuento de cómo ese ardor entre las piernas deviene en la recurrencia de una relación amorosa que termina contemplando la posibilidad de convertir a la mujer caliente en madre. También está la metafísica que no responde al fuego entre las piernas, como la de “The Language of Touch”, donde el proceso de erotización, lento y sin exabruptos, introduce a la mujer a otra antropología del amor; esta vez compartido entre dos mujeres y un hombre, vertiente de una sexualidad africana que no responde a la calentura en la que el lenguaje del tacto, en vez del de la penetración, conforma el lenguaje del amor.

Erótica de la soledad; cuento de una memoria que, en “First Cut”, se deleita en el regreso al primer amor de temprana adolescencia, para descubrirse, casi veinte años después, durmiendo otra vez solo. Erótica del culo que, en “Sunday Morning, Coming Down”, resulta más lúdica que sexual. Erótica del desamor, como en “Dead”, un mundo al revés en el que el hombre blanco sufre por el amor de la mujer negra que no lo quiere más; o la de “When It’s Over”, en la que la mujer administra el sexo después de la separación como un acto de caridad ante la desesperación del hombre. Erótica del dancehall en “Air”.

Puede decirse que los cuentos narrativizan, con mayor o menor grado de autoconciencia, las propuestas de los poemas; y que, mientras más osado sea el salto en la lectura, como en “Purple Blindness”, más tendría que verse ese cambio de perspectiva como una manera de seducir al lector.

Ensayo: semilla

Finally, the pit emerges from between puckered lips, sucked clean, almost dry.

R. Brisbane

Logos de una erótica caribeña; así como la sexualidad expresada en la poesía y en el cuento no prescriben una manera de disfrutar del sexo, la propuesta del ensayo no privilegia un tipo de escritura. Junto al lenguaje de reflexión teórica de Audre Lorde, “Uses of the Erotic: The Erotic as Power”, que enmarca la erótica caribeña en la afirmación corporal y espiritual, está el lenguaje de la crítica de textos musicales y literarios, el del testimonio basado en una narrativa familiar y el de la entrevista.

Promiscuidad gustosa del saber erótico; lo que el ensayo de Lorde prescribe –el erotismo como una política a favor de las mujeres–, la crítica de Heather Russell subraya en las letras de una cantante de reggae, “Man-Stealing and Man-Sharing: Wifeys and Mateys in Tanya Stephens’s Lyrics”. Una reivindicación de las prácticas poligámicas que se practican en Jamaica, las cuales,

además de formar parte del “ethos” criollo, implementan un tipo de redistribución de las riquezas que beneficia a las mujeres.

En el análisis literario de Henétha Vété-Congolo, “Love and Lovemaking in French Caribbean Women’s Writing: Kettly Mars, Nicole Cage-Florentiny and Suzanne Dracius”, la fuerza de la sexualidad plantea una política común: la del goce que se da como una afirmación de la feminidad en diálogo edificante con la naturaleza y la sociedad.

Política de afirmación femenina, el testimonio de Carole Boyce Davies, una narrativa familiar, investiga y celebra la historia sexual de su madre, una mujer que vivió el erotismo desde la fuerza corporal, psíquica y emocional que prescribe Lorde: una agencia femenina que le permite a la mujer meterse en una cama a la que se entrega alegremente y de la que sale empoderada. Libertad que Boyce Davies celebra por constituir una filosofía del amor al cuerpo y a la vida. Una buena política femenina.

De la entrevista de Imani Tafari, una investigación del herosexismo y la homofobia en las comunidades empobrecidas del Southside de Kingston, que persigue delinear lo que estas comunidades heterosexuales definen como una sexualidad desviada, surge una lista para nada sorprendente: la prostitución, el sexo oral, el lesbianismo, la bisexualidad, la masturbación, el aborto y la homosexualidad. Por estar basado en la tradición judeocristiana, el reggae se suma a la homofobia que se traduce en violencia contra las sexualidades proscritas en la Biblia. Entre los jóvenes entrevistados que rechazaban el sexo oral –una realidad impensable en el reguetón– existe la creencia de que es una práctica sexual impoluta.

Con el ensayo del análisis novelístico, el libro termina donde empezó en la introducción: con la escritura de Donna Aza Weir-Soley y Opal Palmer Adisa. En este caso, Donna Aza, también cuentista, analiza *It Begins with Tears* (1997), novela de Opal Palmer, también poeta y cuentista. Entre la modernidad y la tradición, el análisis se centra en propuestas para rearticular la tradición y en ángulos críticos para articular la modernidad. Lo tradicional acrítico no garantiza la fuerza del erotismo que plantea Lorde; tampoco la sexualidad que se acopla acríticamente al capitalismo. De

los mitos afrocaribeños es posible rescatar las fuerzas femeninas que socaven el patriarcado emblemático de la modernidad.

Coda

De suerte que el erotismo es a la sexualidad lo que la gastronomía es a la alimentación:

un suplemento del alma, un valor intelectual y espiritual ...

Michel Onfray

Desde un punto de vista hispanocaribeño, *Caribbean Erotic* inaugura un espacio escritural –el del erotismo solar– que en la tradición hispanocatólica ha estado más presente en la literatura. Desde ese desfase literario, resaltan las diferencias culturales. Por ejemplo, en vez del “properness” inglés y del calvinismo protestante de los misioneros, responsables del lento surgimiento del erotismo en las letras anglocaribeñas, los escritores hispanocaribeños son herederos del erotismo de Santa Teresa y de Sor Juana (“yo, la peor de todas”).

En cuanto a las convergencias con el Caribe hispanoparlante, está la inclusión de escritores hispanocaribeños (Nancy Morejón, María Soledad Rodríguez, Yolanda Rivera Castillo, Linda M. Rodríguez-Guglielmoni, José Ángel Figueroa, Sandra García Rivera, Lucía Suárez y Luis Pulido Ritter). Y, sobre todo, está la conformación del “ethos” caribeño.

Como texto que invita a desnudarse, *Caribbean Erotic* se quita la ropa física y espiritualmente para que disfrutemos como lectores de una sexualidad edificante, como es la de Jacqueline Johnson, jubilosa de su bilingüismo erótico: “So full of curiosity, wanted to see me / wanted to see what I got / what I, Black gum teeth / what I, double belly / what I, dimpled thigh / what I, full sloping neck / what I actually got, / that place, / my second mouth, / where you loose your tongue” (36).

Palmer Adisa, Opal, y Dona Aza Weir-Soley, eds. *Caribbean Erotic: Poetry, Prose & Essays*. Leeds, U.K.: Peepal Tree, 2010. 369 pp.